

# COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA



NACIONES UNIDAS

## SERVICIOS DE INFORMACION

Avenida PROVIDENCIA 871, SANTIAGO, CHILE  
Cable : UNATIONS - SANTIAGO, Casilla 179 D

19 de Noviembre de 1962

Año VIII - Nº 7

# NOTICIAS DE LA CEPAL

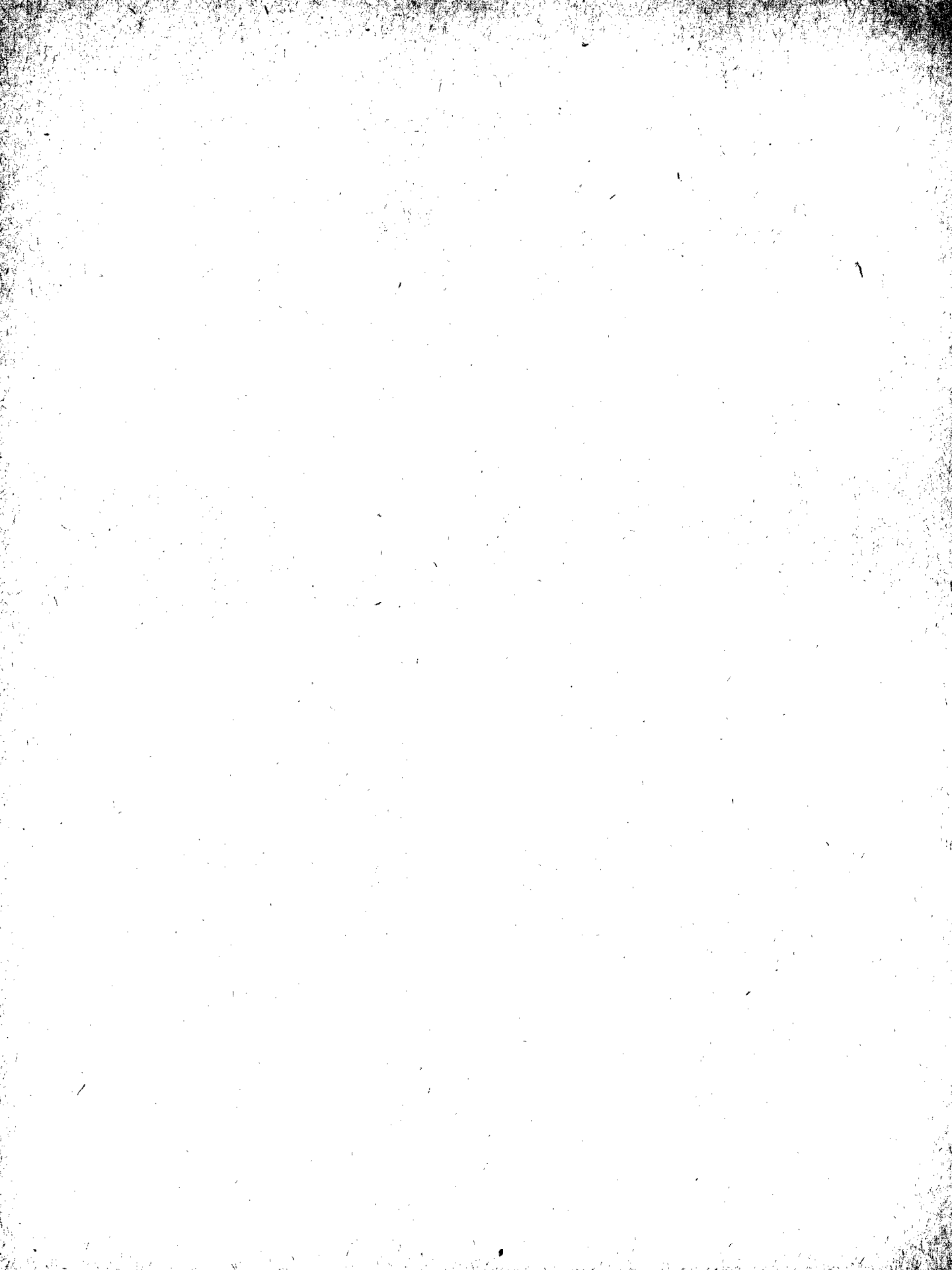
¿CONFRONTARA EUROPA LA CRISIS ESTRUCTURAL DE AMERICA LATINA?

Texto del discurso pronunciado por el Dr. Raúl Prebisch,  
Subsecretario de las Naciones Unidas a cargo de la  
Comisión Económica para América Latina, ante la  
Reunión de la Unión Internacional de Dirigentes  
de Empresas Cristianas

Bruselas - 21 de noviembre de 1962



900055282 - BIBLIOTECA CEPAL



## ¿CONFRONTARA EUROPA LA CRISIS ESTRUCTURAL DE AMERICA LATINA?

Mucho agradezco a la Unión Internacional de Dirigentes de Empresas Cristianas esta oportunidad de explicar el significado de las profundas transformaciones que ineludiblemente deben realizarse en los próximos años en la estructura económica y social de los países latinoamericanos, las implicaciones políticas de dichos cambios, y el papel que tanto Europa como los Estados Unidos pueden jugar en la configuración de nuestro futuro.

Permitaseme ante todo exponer algunos hechos para esclarecer la verdadera naturaleza de los problemas que vamos a tratar.

### I

La población de América Latina está aumentando a una tasa superior a la de cualquier otra región del mundo: mientras a principios del siglo el incremento demográfico anual era del orden de 1,7 por ciento ahora se aproxima al 3 por ciento. En notorio contraste, la débil expansión del ingreso global registrada en años recientes de empeoramiento de los términos del intercambio comercial sólo ha permitido un magro aumento que apenas sobrepasa el 1 por ciento en el ingreso anual promedio por habitante.

Sumada a las grandes disparidades que todavía prevalecen en la distribución del ingreso, esta situación ha contribuido a agudizar tensiones económicas y sociales que tienen hondas raíces en América Latina. Una tasa de crecimiento anual del ingreso per capita de poco más de uno por ciento compromete en forma muy seria la validez dinámica del sistema económico vigente y no basta para absorber el aumento de la población en edad activa a medida que sube la productividad. Esto es motivo de grave y muy justificada preocupación: puesto que el proceso de desarrollo, a más de cumplir aquella función, también debe ayudar a reducir la todavía muy alta proporción de mano de obra que trabaja con escasa productividad en la pequeña industria servicios personales no calificados y la agricultura, capacitándola para trasladarse gradualmente a ocupaciones y sectores más productivos.

/Para alcanzar

Para alcanzar este doble objetivo de absorber eficientemente la mano de obra disponible y atenuar cada vez más las tensiones sociales, considero que el ingreso per capita tendría que crecer por lo menos a una tasa de 3 por ciento cada año; al mismo tiempo, la redistribución del ingreso debería llevarse a cabo de tal modo que se logre una tasa aún mayor en los grupos de medianos y bajos ingresos.

## II

¿A qué obedece el actual ritmo de desarrollo económico de América Latina?

En términos simples, cabría explicarlo como resultado de la contradicción cada vez más evidente que existe entre la enorme potencialidad de la tecnología moderna para mejorar las condiciones de vida de la población en rápido aumento, por una parte y, por la otra, la anticuada estructura económica y social que aún caracteriza a los países latinoamericanos y les impide aprovechar plenamente las ventajas de esa tecnología.

La tecnología moderna requiere una acumulación más intensa de capital y exige también la determinación y aptitud para usar ese capital y esa tecnología eficazmente. Y son considerables los obstáculos estructurales que deben vencerse en este sentido.

En primer lugar, las notorias - y en algunos casos crecientes - disparidades en la distribución del ingreso que se observan con frecuencia en los países latinoamericanos dificultan la acumulación de capital, ya que los grupos de altos ingresos se han habituado a formas exageradas de consumo que limitan seriamente el ahorro. Es inevitable comprimir drásticamente el consumo superfluo de estos grupos si es que ha de ampliarse la tasa de capitalización interna en la medida que lo exigen las apremiantes circunstancias del momento que vivimos.

En segundo lugar, la asimilación de la tecnología moderna presupone la adecuada utilización de los recursos humanos, del capital y de la tierra. Aquí también confrontamos serios obstáculos de tipo estructural. El buen aprovechamiento de la tecnología moderna requiere individuos de gran iniciativa y empuje y capacidad para asimilarla y emplearla. Pero, la

/estratificación social

estratificación social en los países latinoamericanos dificulta el pleno surgimiento de estos elementos dinámicos. Hay un tremendo desperdicio del potencial humano. En realidad, la constelación económica y social que aún perdura no ha favorecido la extensión de la educación popular, sea general o técnica, ni ha promovido oportunidades para que los individuos mejor dotados de cada grupo social, cualquiera que fuere su nivel de ingresos, tengan más fácil acceso a la educación media y superior.

El arcaico régimen de tenencia de la tierra es otra gran barrera que se interpone a la asimilación de la tecnología moderna.

De ahí la necesidad ineludible de la reforma educacional en su sentido más amplio y la reforma agraria como elementos básicos en una política de desarrollo económico y social para América Latina.

Pero hay otros factores que también deben tomarse en cuenta. La iniciativa individual generalmente pierde vigor cuando la competencia no existe o es débil y esto es lo que frecuentemente ocurre en el caso de la industria latinoamericana. La industrialización es una imperiosa necesidad del desarrollo: cuanto más penetra la tecnología moderna en la agricultura y en otras actividades de baja productividad, tanto más indispensable es avanzar en el proceso de industrialización. Si bien es cierto que la industria requiere protección en los países en desarrollo, a menudo tal protección se ha exagerado en América Latina, trayendo consigo prácticas restrictivas o monopolistas que conspiran contra el uso más eficiente del capital y la tecnología. Así, al mal aprovechamiento de la tierra y de los recursos humanos, debemos agregar el desperdicio del escaso capital disponible. Es de esperar que, entre otros objetivos importantes, el mercado común latinoamericano permita introducir gradualmente este elemento vital de competencia en el proceso de industrialización de nuestros países.

### III

Incidentalmente, todo esto pone de manifiesto cuan relativa es la interpretación que se da a ciertos conceptos. En América Latina frecuentemente se predica la necesidad de defender el sistema de libre iniciativa. Pero muy rara vez se pregunta cómo está funcionando en realidad este sistema en /nuestra región

nuestra región. ¿Puede funcionar bien el sistema si la iniciativa individual está limitada y restringida por la estratificación social; si formas inadecuadas de tenencia de la tierra privan a un gran número de personas de la oportunidad de emplear su iniciativa como agricultores independientes? ¿Puede el sistema funcionar eficazmente cuando la empresa privada está acompañada de prácticas restrictivas que manifiestamente perjudican o impiden una saludable competencia?

Tenemos que dar verdadera validez dinámica a este sistema en América Latina a través de reformas estructurales. Pero si en lugar de preconizar esta idea tuviera yo en el fondo de la mente el oscuro designio de destruir este sistema, no vacilaría en adoptar la actitud conservadora de mantener el presente orden de cosas; predicaría las virtudes de dejar que la inflación continúe con mayor celeridad y, de tiempo en tiempo, recomendaría medidas antiinflacionistas que traigan consigo una contracción de la actividad económica con seria desocupación. Entonces esperaría - y no por mucho tiempo - a que ésta combinación de circunstancias llevaría a la inevitable explosión social.

#### IV

Sin embargo, no todos los obstáculos que interfieren con el proceso de crecimiento son de carácter interno. Varios factores externos de gran importancia también repercuten desfavorablemente sobre el desarrollo de nuestros países. Como es sabido, la demanda de productos primarios por lo general tiende a aumentar con bastante lentitud debido a una serie de razones técnicas y económicas por todos ustedes bien conocidas. A ello hay que añadir los efectos adversos de la política externa, como los ocasionados por las medidas restrictivas aplicadas en los países importadores, o los que se desprenden de una desacertada política interna que entorpece la expansión de la exportación de productos primarios en los países productores.

En consecuencia, el poder adquisitivo de las exportaciones per capita de América Latina ha bajado de 58 dólares en 1930 a 39 dólares en 1960, a dólares de 1950. Esas cifras reflejan un descenso apreciable no sólo en el quantum de las exportaciones sino también en sus precios. Esto último constituye un muy serio problema para nuestros países. La relación de los

precios del intercambio para las exportaciones latinoamericanas sufrieron un deterioro en los años treinta y no han recuperado el nivel del período anterior a la gran crisis económica, aún en 1950-54, cuando los precios fueron relativamente altos. Recientemente, hemos hecho un cálculo burdo en la CEPAL acerca del efecto del deterioro de la relación de los precios del intercambio en el período 1955-60. En comparación con el quinquenio anterior, dicho deterioro significó una pérdida de ingreso real para el conjunto de América Latina equivalente a unos 7.300 millones de dólares mientras que el influjo neto de capital extranjero durante esos mismos años fue de aproximadamente 7.700 millones de dólares; todo ello a los precios del quinquenio 1950-54. Conviene señalar, además, que la mayor parte de dicho capital extranjero representa préstamos que tenemos que reembolsar. En otras palabras, los efectos favorables para nuestro desarrollo de la corriente de capitales extranjeros han sido casi totalmente anulados por el deterioro de los términos del intercambio. Como bien dice el refrán: "Lo que se hace con la mano se borra con el codo".

Dada la gravedad de la situación que he mencionado, se explica en buena medida por qué se ha debilitado tanto la tasa de crecimiento desde 1955; también debe facilitar la comprensión de las inquietudes que sentimos ante algunas repercusiones del mercado común europeo.

Estoy convencido de que el mercado común europeo, como tal, encierra enormes posibilidades para las exportaciones latinoamericanas. Pero hasta el momento no veo indicio perceptible alguno de que tales posibilidades van a ser desarrolladas vigorosamente. Es más, la discriminación contra nuestras exportaciones, el proteccionismo exagerado que a veces alcanza niveles prohibitivos y se junta a altos impuestos internos al consumo de algunos productos, parecerían indicar todo lo contrario. Y lo que es peor; temo que posibles exedentes agrícolas de productos europeos que son competitivos con los nuestros puedan ser lanzados a los mercados mundiales con el respaldo de subsidios.

De haberse presentado estos problemas en las épocas de auge relativo para las exportaciones latinoamericanas, no hubieran sido tan difíciles de encarar como lo son ahora con el muy crítico período que estamos atravesando bajo toda suerte de tensiones económicas y sociales. Lo que más me preocupa no es sólo la índole misma de ciertas medidas adoptadas en Europa - que dicho sea de paso, no son inherentes al mercado común y pueden ser corregidas -, sino la actitud de indiferencia que ellas insinúan y que parece decir: "resolvamos nuestros problemas en la mejor forma posible y que los demás se amolden a la nueva situación."

La expansión de las exportaciones latinoamericanas es esencial para acelerar eficazmente la tasa de desarrollo económico de nuestros países. No creo que la ayuda financiera pueda ser una alternativa a la solución de nuestros problemas comerciales con Europa.

Pero aún cuando se considerase que la cooperación financiera es una alternativa, dada la forma en que ella se aplica actualmente y sus dimensiones, distaría mucho de ser una alternativa satisfactoria.

No hace mucho, algunos amigos europeos se sorprendieron cuando dije que en las operaciones de préstamo europeas a la América Latina se notaba la huella del siglo XIX.



Me retracto ahora; pues hay que hacer justicia al siglo XIX. En esa época se obtenían los préstamos que se necesitaban; los plazos de treinta o más años eran normales; también eran factibles las operaciones de consolidación, destinadas a aliviar las presiones de los servicios de las deudas y los problemas de balance de pagos; y, finalmente, aunque no menos importante, los recursos suministrados podían ser utilizados en cualquier parte sin limitaciones de tipo bilateral.

VI

Espero que ustedes excusarán la forma tan sin ataduras en que me estoy expresando. Si así lo hago es porque he interpretado la invitación a presentar con franqueza mis puntos de vista como una manifestación de la preocupación que ustedes sienten por lo que está ocurriendo en América Latina, como también del deseo que les anima de colaborar con nosotros en la solución de los serios problemas que nos aquejan en la actualidad. Algunos de ustedes me han preguntado aquí o en la sede de la CEPAL en Santiago: ¿qué podemos hacer para ayudar a la América Latina?

A esa pregunta sincera no cabe darle sino una contestación igualmente franca.

Ustedes han demostrado gran audacia e imaginación en relación al mercado común y a su propia política de desarrollo. Han decidido obrar en forma consciente y deliberada sobre las fuerzas económicas y sociales a fin de alcanzar objetivos de la mayor importancia. ¿Por qué no aplican esa misma audacia e imaginación a formular, conjuntamente con nosotros, una política de cooperación a largo plazo encaminada a ayudarnos a acelerar el desarrollo económico y social de nuestros pueblos?

Los Estados Unidos han reconocido por fin la necesidad de tal política de cooperación y han reconocido, asimismo, la necesidad de que otros centros industriales sean invitados a participar en esta magna empresa.

Tampoco es deseo nuestro que en esta política de cooperación hacia América Latina sólo estén presentes los Estados Unidos. Por múltiples razones - y no sólo por las de orden económico - quisiéramos ver a Europa asumir un papel de verdadera importancia.

Por ello, respondiendo a la invitación que se me ha hecho, me permitiré ahora esbozar los lineamientos generales que, en materia de comercio, estabilización de precios o ingresos de las exportaciones primarias y asistencia técnica y financiera, convendría tomar en cuenta en el diálogo que recién estamos iniciando respecto a una política de colaboración mutuamente beneficiosa.

VII

En el campo del intercambio comercial, considero que aún bajo las condiciones más favorables posibles, no es dable ser muy optimista sobre las perspectivas a largo plazo de las exportaciones primarias de América Latina a Europa.

Antes de la última guerra mundial, nuestro comercio con Europa sufría los estorbos de la lenta tasa de crecimiento que acusaba en esa época dicha región. Ahora que ustedes han logrado impulsar notoriamente el desarrollo, nuestro comercio se ve entorpecido por la discriminación y las restricciones que afectan a nuestras exportaciones.

El abandono de la discriminación y la atenuación de las restricciones comerciales sin duda ayudaría mucho, pero no resolvería nuestros problemas de exportación.

A fin de acelerar el ritmo de nuestro desarrollo en la medida requerida necesitamos incrementar considerablemente la importación de bienes de capital y de otros bienes cuya manufactura nos resultaría demasiado costosa por el momento. La capacidad de compra generada por nuestras exportaciones tracionales dista mucho ya de ser suficiente para satisfacer esa creciente necesidad de importaciones. De ahí que inevitablemente tengamos también que exportar productos manufacturados.

Hay dos posibilidades para la expansión del comercio de manufacturas entre los centros industriales y los países en desarrollo.

La primera se origina en el hecho de que en los países altamente industrializados hay una escasez relativa de mano de obra, como sucede en Europa, mientras hay una abundancia relativa de capital. En nuestros países sucede precisamente lo contrario. Por lo tanto, sería recíprocamente ventajoso si los centros industrializados nos exportaran bienes manufacturados con alto contenido de capital y bajo contenido de trabajo e importaran, en cambio, manufacturas con menor contenido de capital y mayor contenido de trabajo, como son las que producimos en condiciones más favorables.

La segunda posibilidad surge cuando los costos de transporte hacen más económica la exportación de bienes elaborados o semielaborados que la de materias primas. Así por ejemplo, creo que América Latina tiene buenas posibilidades para exportar hierro y acero en vez de mineral de hierro. Lamentablemente,

aquí también persisten anticuados módulos de intercambio comercial.

No debe pensarse que Europa se vería obligada a introducir cambios bruscos en su estructura industrial para dar cabida a las importaciones de manufacturas de los países en desarrollo. El proceso se podría llevar a cabo gradualmente, evitando perturbaciones innecesarias pero aprovechando el crecimiento de la demanda. En su Estudio Económico correspondiente a 1960, la Comisión Económica para Europa, de las Naciones Unidas, calculó que si dichas exportaciones alcanzan el equivalente de 5.000 millones de dólares hacia 1980, sólo representarán el 2 por ciento del aumento de la demanda que se registrará en esa época en Europa Occidental con respecto a las manufacturas.

Esto refleja el enorme potencial del mercado común europeo, como también podrían surgir posibilidades similares del rápido desarrollo de los países de economía centralmente planificada.

Todas estas posibilidades ofrecen un amplio campo para el análisis y la discusión, y espero que en la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo próxima a realizarse se examinarán detenidamente estos y otros caminos que puedan llevar a la expansión del comercio en materia de bienes manufacturados.

### VIII

En cuanto a los precios de los productos primarios se refiere, no creo sea necesario realizar muchas investigaciones adicionales. Son numerosos los proyectos que ya se han planteado en este terreno, pero temo que por lo general se está poniendo más énfasis en las medidas tendientes a atenuar las fluctuaciones de los precios o las fluctuaciones de los ingresos de exportación que en los esfuerzos por atacar el deterioro de la relación de los términos del intercambio. La participación de Europa en estos proyectos es, naturalmente, de gran importancia, aun cuando es del caso anotar que la estabilización de los precios o de los ingresos de las exportaciones no tendría mayor trascendencia si el intercambio comercial de determinados productos se viera reducido a niveles muy bajos debido a medidas restrictivas.

### IX

Por otra parte, cabe señalar que cuanto más se avancen las medidas destinadas a combatir los efectos del empeoramiento de la relación de los términos del intercambio comercial tanto menor será la necesidad de obtener ayuda financiera internacional. Sin embargo, América Latina necesitará mucho de esta ayuda durante los próximos diez años críticos. Es indispensable y urgente establecer una nueva política al respecto.

Al capital privado extranjero le incumbe jugar un importante papel en el desarrollo de América Latina. Pero también se requieren fondos públicos: tanto para proyectos de infraestructura, que facilitan y atraen las inversiones privadas; como para las inversiones sociales y la promoción de la iniciativa privada latinoamericana mediante créditos a mediano y largo plazo.

Desde nuestro punto de vista es muy interesante la idea según la cual los países desarrollados dedicarían una parte de sus ingresos corrientes a préstamos a los países en desarrollo en forma de fondos públicos. Desafortunadamente, no es mucho lo que se ha avanzado hasta ahora en la realización de esa idea. En este sentido sería de indudable utilidad la creación de un fondo europeo especialmente dedicado a ayudar a América Latina. Esto haría posible la asignación de recursos adecuados durante todo el período de ejecución de los planes de desarrollo. En esta forma Europa

podría participar ampliamente en la financiación de estos programas, como lo contempla la Carta de Punta del Este. Naturalmente, el suministro efectivo de dichos recursos estaría sujeto a la presentación de proyectos bien concebidos y al cabal cumplimiento de los objetivos económicos y sociales de esos planes de acuerdo a su evaluación por el grupo de expertos creado con tal propósito.

X

Con respecto a la asistencia técnica, son muchas las lecciones valiosas que se pueden recoger de la experiencia de más de diez años de acción internacional en este campo.

En general, no soy partidario de la asistencia técnica prestada casual o aisladamente; me inclino más bien hacia programas sistemáticos de ayuda con objetivos claramente definidos.

A mi modo de ver, la asistencia técnica de Europa podría ser especialmente útil en tres campos: en la investigación tecnológica; en materia de recursos humanos; y en la ayuda a la iniciativa privada latinoamericana.

Con relación al primer punto yo pondría el acento en: a) la investigación tecnológica que asegure la mejor utilización de nuestros recursos en el proceso de industrialización; b) la necesidad de adaptar la compleja tecnología elaborada en los centros industriales - que se encamina más y más al ahorro de la mano de obra - aparejándola a las condiciones particulares de América Latina; y c) la exploración de técnicas nuevas más apropiadas a nuestras necesidades peculiares.

En materia de recursos humanos, las experiencias pasadas y presentes de Europa pueden ser de gran valor para nosotros, y debe elogiarse a la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo por la iniciativa tomada con referencia al problema de la educación y el desarrollo económico. <sup>1/</sup>

En ambos casos, es decir, tanto en el referente a la investigación tecnológica como al relacionado con los recursos humanos, sería muy deseable contar con la colaboración europea para el establecimiento de centros tecnológicos y centros de investigación en América Latina. Sugiera establecerlos dentro del ámbito latinoamericano por dos razones principales: primero, porque su esfera de influencia sería mayor así que de estar localizados en cualquier otra parte; y, en segundo lugar, porque ayudaría a contrarrestar la migración de técnicos, expertos y profesionales latinoamericanos.

---

<sup>1/</sup> Cabe anotar que este problema fue objeto de detenido estudio durante la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina, realizada a principios de 1962, bajo los auspicios conjuntos de la CEPAL, la UNESCO, la OEA, con la colaboración de la FAO y la OIT.

Es mucho lo que se dice sobre la fuga de capitales latinoamericanos, y sin duda esto tiene mucha importancia. Pero también la tiene la pérdida de valiosos elementos humanos que se alejan de América Latina, sobre todo a los Estados Unidos, donde las posibilidades para individuos bien capacitados ejercen una poderosa atracción.

## XI

Ahora, quisiera decir algunas palabras acerca de la asistencia técnica que se podría prestar a la empresa privada latinoamericana.

Como ya lo he señalado, nosotros tenemos que desarrollar un sano y eficiente sistema de libre iniciativa, ampliando su base y promoviendo la competencia. Además, los latinoamericanos deben aprender gradualmente a hacer todo aquello que ya se está haciendo en los países más avanzados en otras partes del mundo. Las técnicas nuevas y las mejoras y adaptaciones que se están introduciendo en las tecnologías existentes deberían estar al alcance de todos nuestros países sin aquellos enclaves que todavía subsisten en algunos campos, sobre todo en la explotación de los recursos naturales.

Específicamente, tengo en mi pensamiento la necesidad de promover la iniciativa latinoamericana con relación al establecimiento de nuestro propio mercado común.

En este sentido, me gustaría ver la participación de equipos de expertos europeos ayudándonos a planificar la integración de la industria automotriz, por ejemplo, y asistiendo a las empresas privadas latinoamericanas en la ejecución de esos planes en forma independiente o en combinación con empresas extranjeras.

Recientemente, con ocasión de una reunión de los miembros de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, subrayé la necesidad de crear instrumentos apropiados para realizar estas actividades de promoción. Asimismo, recalqué la necesidad de establecer un fondo especial de unos 500 millones de dólares destinado a prestar ayuda financiera a las empresas privadas latinoamericanas. Todo esto contribuiría a impulsar nuestra marcha hacia el mercado común regional - que no se está desarrollando, por desgracia, con el ritmo que quisiéramos - y es de esperar que Europa pueda participar activamente en estos esfuerzos.



## XII

Al meditar cuidadosamente sobre lo que habría de exponer ante ustedes me pregunté si no sería del caso aprovechar esta oportunidad para presentar las oportunidades que ofrece América Latina a las inversiones extranjeras. Es posible que ustedes a su vez, esperasen esto de mí. Sin embargo, cuanto más analizo las diferentes formas que podría tomar la ayuda europea a la América Latina, tanto más se afirma mi convicción de que a esta altura de los acontecimientos mundiales, sería un trágico error enfocar el problema como si se tratara única o primordialmente de abrir nuevos campos para la inversión de capitales extranjeros. En esencia, el problema es de índole política.

Conviene aclarar esta afirmación puesto que es la clave para la comprensión del problema en su totalidad.

Se ha desperdiciado demasiado tiempo en introducir las reformas estructurales que se requieren en América Latina: no es posible demorar más su pronta aplicación. El problema ya no es cómo evitar la revolución económica y social sino como canalizar las fuerzas revolucionarias y cómo utilizarlas para la mejora y fortalecimiento de las instituciones democráticas y no para su destrucción. En otras palabras, el problema fundamental es el siguiente: ¿bajo qué signo político ha de realizar América Latina su revolución? Este es un problema sumamente complejo, y no cabe intentar siquiera reducirlo a términos sencillos. Pero sí quisiera subrayar la enorme trascendencia que puede tener una sabia y oportuna política de cooperación internacional en torno a este problema. La cooperación internacional se requiere esencialmente para facilitar el proceso de capitalización y para hacer menos costoso el proceso de industrialización.

Para acelerar la tasa de capitalización interna, es necesario dar incentivos a las inversiones y a la vez desalentar el consumo, particularmente aquel de los grupos de altos ingresos. Pero temo que esto no sería suficiente para acelerar el desarrollo y se tendría entonces que intentar comprimir el consumo de las masas populares lo cual, pasado cierto punto, exigiría la aplicación de medidas coercitivas; y cuánto más se apliquen estas medidas coercitivas a grupos populares cuyos niveles de consumo son de por sí ya muy bajos, tanto mayor será el peligro que correrán las

instituciones democráticas.

Es ésta la razón fundamental por la cual los recursos financieros internacionales son indispensables.

Desde otro punto de vista, la expansión de nuestra exportación de manufacturas - sin perjuicio de las primarias - nos ayudaría a mejorar nuestro proceso de industrialización, ampliando así no sólo las posibilidades de incrementar el consumo sino también nuestra capacidad para intensificar el ritmo de capitalización sin tener que recurrir a medidas drásticas e indeseables.

Este es el significado político que tiene el tipo de ayuda internacional financiera y técnica que estamos preconizando para América Latina. El darle cualquier otro sentido sería construir peligrosamente sobre arenas movedizas.

### XIII

Al llegar a la conclusión de mi intervención ante ustedes permítaseme dirigirles la siguiente pregunta ¿Pueden ser ustedes indiferentes a los acontecimientos por venir en América Latina? ¿Acaso no tiene trascendencia para ustedes el tipo de sistema político bajo el cual vivirán más de 500 millones de latinoamericanos al final del presente siglo? Si éste no es el caso, entonces aunemos esfuerzos: aquellos de ustedes que están construyendo una nueva y vigorosa Europa y los que entre nosotros estamos tratando de obrar sobre las fuerzas económicas y sociales de América Latina con objetivos claros constantemente en nuestra mente. Estamos viviendo una nueva y fascinante experiencia, que se manifiesta en términos sustancialmente diferentes a los que caracterizaron la evolución capitalista de sus países. Nosotros tenemos ingresos per capita relativamente bajos. Tenemos que asimilar formas de tecnología y módulos de consumo que corresponden más bien a países de altos ingresos per capita, como los de ustedes. Ustedes resolvieron el problema de capitalización primero y después - mucho después - se les presentó y resolvieron el problema de la redistribución de ingreso. Nosotros, en cambio, tenemos que resolver ambos problemas simultáneamente y llevar a la práctica en corto tiempo reformas estructurales que han tomado un largo período entre ustedes. Y todo esto debemos hacerlo mientras afrontamos una tasa de crecimiento demográfico como jamás antes se registrara

en la historia en el curso del desarrollo industrial del mundo.

Ustedes no necesitaron planes económicos en su evolución. Pero nosotros si necesitamos urgentemente la planificación. Necesitamos la planificación, la libre iniciativa, la competencia y un vigoroso sector público. Ante esta nueva combinación de elementos, debemos abrir bien los ojos a lo que está sucediendo en el resto del mundo a fin de aprovechar todo aquello que, mediante nuestras propias fuerzas creadoras, nos permita encontrar nuestras propias soluciones y reflejar nuestra propia imagen - imagen en la cual los derechos humanos, aquellos derechos contenidos en la Carta de las Naciones Unidas, alcanzarían por fin plena y duradera validez en la América Latina.

¿Tendremos que extirpar creencias profundamente enraizadas en el corazón del hombre para acelerar el desarrollo económico? ¿Será necesario suprimir la libertad personal y coartar la actividad creativa artística o intelectual? ¿Será necesario escoger entre la democracia y el desarrollo económico y social como si no fuera posible evitar este dilema?

Si ustedes no lo creen así - y nosotros no lo creemos así -, entonces hay un amplio campo para la mutua comprensión y para los esfuerzos aunados tendientes a traducir dicho entendimiento en acción práctica impostergable. Después de todo, nosotros también somos fruto de la cultura europea ¿Por qué hemos de renunciar a nuestra aspiración de lograr también lo que ustedes han logrado tras largo esfuerzo en el curso accidentado y turbulento de su historia?

